

Algunos discos para maldecir

Baladas del desencanto

La música nos vuelve irracionales, tontos, necios. No estamos descubriendo la pólvora aquí. Nos enamoramos de las bandas que hablan de nosotros —o que creemos que lo hacen— y compramos todos sus discos, vamos a sus conciertos o pegamos el rostro a alguna pantalla viendo sus videos. Sin embargo, todas las relaciones afectivas tienen un punto de quiebre. “¡Se vendieron!”, gritamos. “¡Jamás me gustaron!”, respondemos ante preguntas inquisidoras. Negamos haber querido tanto a esa banda que nos decepcionó con una canción poco inspirada, un cambio de actitud inexplicable o, como en este caso, un mal disco. Este es un ejercicio de autoayuda de algunos miembros del taller de narrativa para sanar nuestros corazones rotos.



Christina & Los subterráneos: *Que me parta un rayo* (1991) / *Mi pequeño animal* (1994)

Carlos Mejía Vergara

Un cigarrillo en la boca, una cabellera interminable agitada por el viento, casacas de cuero, amores de verano, algunas canciones para cantar al unísono mientras se reproducen en la casetera y podríamos seguir agregando clichés juveniles. La adolescencia es divertida hasta que te das cuenta de que tus amigos dejan de fumar, se hacen cortes de pelo de oficina o se divorcian. Tienes dos caminos: ser un joven de espíritu, sin importarte verte ridículo en *shorts*; o aceptar con serenidad la adultez, recordando con nostalgia épocas más despreocupadas.

El segundo sendero fue el que tomó Christina Rosenvinge cuando decidió usar su nombre completo, abandonar a la vieja pandilla y mu-

darse a Nueva York, ya menos estridente, ya menos maquillada, ya menos superficial. El pop rock *naïve* de manual de sus dos primeros discos, ilustrado muy bien en “Dile a papá”, tema reproducido infinitas veces en las radios locales, le dio paso, ya hace más de una década, a música intimista, contemplativa y abierta a la experimentación. Esta nueva aventura está respaldada por nuevos compinches tal vez más ilustrados (como algunos integrantes de Sonic Youth o Nacho Vegas, con el que tiene un disco) que hacen de Christina una cantautora más compleja que aquella chiquilla rebelde por la que, lamentablemente, se le recuerda únicamente. Pero, vamos, no es que sea malo ser compositora de algunos himnos adolescentes que siguen relativamente vigentes (¿cómo podría ser malo eso?); sin embargo, es justamente esta etapa la que oculta la profundidad de su trabajo, no por su culpa, sino por la miopía —sordera más bien— de programadores de radio, gran público y demás hierbas.

Un dato intrascendente: en su última visita a Lima, un conductor de televisión le insistió que tocara “Voy en un coche”, a lo que Christina, visiblemente fastidiada, accedió para complacer a ese público que tomó el primer camino de los dos expuestos aquí (no son pocos, sino ver a Raúl Romero o el mexicano Chabelo); meses más tarde, como por un acto de cruel justicia cósmica, ese presentador terminó preso y Christina lanzó su álbum *La joven Dolores*, tal vez el mejor de su carrera.

Turbopótamos – 2012 (2010)

Carlos Mejía Vergara

Turbopótamos es como la chica diferente de tu secundaria. En diversos contextos, podría ser encarnada por la *punky*, la intelectual, la que juega fútbol, la que hace capoeira, la que no se ruboriza con chistes rojos o la que tiene sexo y lo dice sin vergüenza, no lo sé, pero cuando tienes quince años ese espécimen raro parece ser el único en todo el universo. Entonces, te enamoras. Cuando abandonas el microcosmos escolar, empiezas a ver otra, varias o muchas chicas parecidas a tu musa y su aura mística se empieza a difuminar, pero no por eso dejas de querer a la primera *punky*, bipolar o artista marcial.

Con Turbopótamos fue amor a primera vista. Eran harina de otro costal para nuestra escena, pues sonaban distinto a todo lo que había escuchado antes. Había pocos caminos para ser una banda de rock peruano a inicios

de los dosmiles. A grandes rasgos, o te parecías a Libido (a TK, en el peor de los casos) o tu forma de no pertenecer al sistema era hacer una banda de punk melódico —chiquipunk para los entendidos— y parecerte, más bien, a 6 voltios. Turbopótamos tomó un sendero un poco ambiguo, pues tocaban un *ska-punk* con la suficiente vehemencia como para que cientos de púberes con parches y pines en sus mochilas poguearan con ellos, pero sin perder la personalidad, tanto por sus guiños al rockabilly y a bandas norteamericanas de escaso seguimiento en el Perú (como Pavement, Pixies o Weezer). No importaba que se presentaran veinte grupos más junto a ellos, nosotros, sus fanáticos, teníamos que estar en todos sus conciertos.

Su primer EP y su disco homónimo, conocido entre los fans como “el disco rojo”, lanzado en el 2004, se convirtieron en clásicos instantáneos. Incluso, su solo correcto *No Love*, del 2007, tuvo buena acogida, pero ya se empezaba a divisar lo peor. En el 2010 apareció su álbum *2012*, un título que presagió lo que pasó poco tiempo después: el fin de la banda. Era un disco mejor grabado, másailable —entiéndase bailar por lo que hacen en algunos locales barranquinos—, más serio, más seguro, acaso lo suficientemente profesional como para responder a la madurez de la banda, pero no al *feeling* o a cualquier razón irracional que tenemos todos a quienes nos gusta el disco. Aquí cito a los Smiths: *That joke isn't funny anymore*. Se pasó del “Oye ya bájate el calzón” de *Fantasy*, tema de su disco homónimo, a “Basta ya que va a estallar el amor” de *Basta* de este último trabajo.

Así es la madurez, la misma que me hace creer que el disco rojo, objetivamente, no sea el disco grandioso que pensaba que era hace varios años; también es esta la que me hace reconocer a bandas que hacían cosas parecidas mucho tiempo atrás, con lo que terminé cuestionando la verdadera originalidad de mi grupo favorito; la que me hizo ver que como esa chica del colegio caminaban por la calle mil idénticas a ella.

Gustavo Cerati: *Fuerza natural* (2010)

Betty Soto Fernández

Nunca vi venir *Fuerza natural*, como tampoco que probablemente sea la última grabación de Gustavo Cerati. Luego de tres años de su poco alentador último disco *Ahí vamos*, esperaba nuevos —buenos— aires que me insertaran otra vez a su afán experimental, a su forma casi arquitectónica de componer melodías.

No me equivoqué del todo. *Fuerza natural* es, en efecto, distinto; posee melodías frescas y tiene un alma acústica, donde convive el *country*, el *folk* y algún destello de pop. No obstante, también habitan guitarras estridentes que se sienten como vecinos indeseables dentro de la edificación que Gustavo quiso construir. El disco se siente incoherente. "Magia" o "Cactus" pertenecen a un universo apacible, como fabricadas por un artesano, mientras que "Dejavú" o "Rapto" parecen sacadas de la inauguración del último "boliche" de moda de Buenos Aires.

Cerati siempre fue un hombre de fuerzas entrecruzadas, pero nunca contradictorias como en este disco que, tengo que aclarar, no me parece malo. Sin embargo, yo todavía sigo esperando el disco definitivo del hombre que con Soda Stereo o en solitario me dio tantas alegrías. Estoy segura de que ese disco está girando en sus sueños.

t.A.T.u.: *Dangerous and moving* (2005) / *Waste management* (2009)

Noelia Benza Flores

All the things she said, all the things she said, running through my head... decía el coro de la canción que ocupaba el N° 1 de la semana, empatada con otra de Pedro Suárez Vértiz cuyo título ni melodía recuerdo, en la fenecida Radio América, allá por enero del 2003. Sin entender una sola palabra de lo que decían, inexplicablemente me enganchó de inmediato. ¿Quién la canta? ¿Es una o dos chicas? No suena a Shakira, ni a Britney, ni a Cristina. ¿Cómo era que se llamaba la canción?

A la una de la tarde en punto me preparé para el ver el único programa que había extrañado durante mi exilio sin TV, *Viva el sábado*. Pasaban los videos musicales de moda y a mí me encantaba. Entonces, me las volví a encontrar. En las letritas de abajo salió el nombre del grupo: t.A.T.u.; efectivamente, eran dos chicas, Yulia Volkova y Lena Katina, venían de Rusia y vestían uniformes escolares bajo la lluvia, detrás de unas rejas y, luego del estribillo, se besaban. Ahora todo tenía sentido.

El disco del que se desprendía este sencillo se titulaba *200 km/h in the wrong lane*, su primer álbum en inglés. No tardé en pedirselo a papá como regalo de cumpleaños y al tener el original entre mis manos se convirtió en mi posesión más preciada. Desde entonces seguí la carrera del que fue mi grupo favorito por una década.

Con este precedente, esperaba que su segundo disco fuera el *soundtrack* de la siguiente etapa de mi vida, a pesar de toda la polémica desatada por su homosexualidad de plástico y la separación del productor que las obligó a llevar esa imagen. En el 2005 lanzaron su segundo álbum en inglés, *Dangerous and moving*. Contaron con la colaboración de Sting de The Police, Richard Carpenter y The Veronicas. No fue lo mismo. Por momentos quisieron sonar rockeras, sin conseguirlo, y en su balada "Gomenasai" me recordaban a Arjona y sus pésimas letras. Compré el disco de todas formas, con más fidelidad que verdadera pasión.

Y cuando pensé que no podían hacer algo peor, en el 2009 salió a la venta su último álbum como dúo, *Waste management*, que destrozó todas mis ilusiones. Su sonido soso y repetitivo, junto al video de "White robe" con un desnudo completamente innecesario, terminaron por romperme el corazón. Con Yulia embarazada de su segundo hijo y Lena casada, parecía que estaban aburridas del teatro que las hizo famosas. Anunciaron su separación en el 2010 y con ellas se llevaron mi más grande amor adolescente.

Die Toten Hosen: *Auswärtsspiel* (2002)

Gianfranco Hereña

Cortesía de Google, he podido ubicar la fecha exacta en que Die Toten Hosen pisó suelo peruano por primera y única vez. Fue en febrero de 1997 y se presentaron en el concurso *Sargento Pimienta* de Barranco.

Sin mayor promoción, austeros y tocando apenas un par de temas, los alemanes se fueron con más pena que gloria de nuestro país. Y es que a diferencia de sus compatriotas Rammstein o Burzum, Die TotenHosen representa el mix esencial entre regionalismo y modernidad. Hablando en términos coloquiales, vienen a ser la versión teutona de Miki González (de mayor calidad, obviamente), pues rescatan algunos ritmos que parecen hechos a medida para una película ambientada en el medioevo.

Quedé cautivado con ellos en el 2005. Estaba en tercero de media cuando descubrí de casualidad que el grupo andaba de gira por Sudamérica. El anuncio estaba colgado en una web que ahora ya no existe, pero que promocionaba hits de bandas poco conocidas. Azuzado por la curiosidad, escuché *Alles wird vorübergehen*, álbum que juntaba a éxitos como "Bayern", "Opel-Gang" y "Alles aus Liebe".

Sin embargo, grande fue la desilusión luego de escuchar *Auswärtsspiel*, disco lanzado en el 2002 y que recién pude escuchar a inicios de 2007, cuando decidieron remasterizar su

alicaída producción para horror de sus fans y seguidores alrededor del mundo.

Aún hoy, Die Toten Hosen sigue tocando temas de ese disco, por lo menos los que nosotros, sus fanáticos, aceptamos con resignación como pasables (*Cokane in my brain*, *Kein alkohol* y *Tier*). Pero nada aplaca mi odio por ese disco, no solo porque se aleja muchísimo de la esencia regionalista de la banda, sino porque dejaron las giras, los conciertos y los ensayos para probar nuevas tendencias “artísticas” que terminaron siendo disparos al aire que hirieron mi admiración por ellos.

‘Los pantalones muertos’ siguen haciendo su vida al otro lado del atlántico. Volvieron a dar conciertos por toda Europa y —según tengo entendido— hasta han sido despedidos en medio de un torbellino de huevos, cortesía de un grupo de neonazis que criticaban las letras de sus canciones. Yo, al menos, prefiero quedarme con los buenos recuerdos y espero con ansias el día en que vuelvan al Perú, aunque solo sea para probar el ceviche.

Pearl Jam: *No Code* (1996)

Martín Shinzato

Han pasado casi tres años. La soledad y el trago eran compañeras perfectas, y una guitarra vieja ayudaba a transitar la decepción. ¿Cuándo se llega al límite de negarse las heridas? ¿Cuánta violencia es capaz de desatarse frente a la frustración? ¿Qué tanto estaría dispuesto uno a tragarse los golpes para no

explotar, recurriendo a una falsa nobleza? El cabello largo y el *head banging* me ayudaron a descubrirlo.

Transcurría el 2009 y un amigo mío compartió un *link* vía YouTube: “Esto es grunge, algo así será el estilo de nuestra banda”. Recuerdo perfectamente mi estremecimiento frente al festival *Pink Pop* y al salvaje “Alive” de Eddie Vedder. Con mi mal formado inglés (auspiciado por la mediocridad de un instituto norteamericano), no poseía la capacidad de descifrar las letras de la banda; poco o nada entendía, pero las gesticulaciones, la mirada, los saltos y los bailes, tan distintos al latin pop o a cualquier piruetita básica de discoteca, me hipnotizaron.

Tanto su primer disco, *Ten* (1991), como los siguientes, *Vs.* (1993) y *Vitalogy* (1994), comparten el mismo tronco. Contestatario, rabioso, agresivo, depresivo y furioso. Canciones como “Jeremy”, que cuenta la historia real de un chico que sufría *bullying* y que terminó suicidándose frente a sus compañeros, o como “Daughter”, la historia de una niña con problemas de aprendizaje y los maltratos que sufría por parte de sus padres, se convirtieron en himnos para quienes se sentían identificados o simplemente conmovidos. Ni qué decir de canciones como “Betterman” o “Black”, la mejor forma de decir adiós sin decirlo, renunciando al amor pero protestando “*Why can't it be mine?*”.

Fui descubriendo en orden cronológico cada álbum de la banda. Cuando me topé con el

cuarto, *No code* (1996), quedé consternado. ¿Son estas las guitarras de McCready y Gossard? ¿Estas canciones, tan tranquilas y pacíficas, las escribió Eddie? ¿Dónde quedó la violencia? No encontré la raíz grunge que ellos mismos hicieron famosa. Repasé una y otra vez las trece canciones sin enganchar con ninguna. Busqué respuesta en la internet; varios críticos alababan el trabajo de la banda llamándolo “experimento” o justificando su “cambio de rumbo” o su “reinención hacia un sonido más limpio”. Ese disco marcó una nueva ruta hacia temas más sosegados en sus siguientes entregas, que significaron una ruptura con mi marcadísima identificación con ellos, con toda la cultura y todo el sonido de Seattle. Yo sentía que eran como yo, fueron la voz mundial de mi forma de pensar y mis sentimientos, y ahora, ¿acababa así? No podía explicar esa paz, ese no meterse con nadie, ese jugueteo tan insultante para mí.

Por alguna razón, que en ese momento no entendía, yo rechazaba con tristeza y resentimiento ese cambio en la banda, pero veía con pasmo que otros fanáticos no lo hacían, sino que lo aceptaban, acogían y halagaban. Me sentía realmente confundido. Incluso en algunas webs, *No code* era uno de los candidatos serios para alzarse como mejor álbum de la banda. Todo señalaba que era yo el del problema.

No fue hasta que fundé “Perúlogy” (comunidad de fanáticos de Pearl Jam y grunge en general), semanas previas al glorioso dieciocho de noviembre del 2011, día del concierto en el Perú de Pearl Jam, que capté, por fin, el verdadero valor de este disco tan polémico. Quizá no estaba preparado en el momento en el que lo tuve al frente. Ya no eran el trago y la soledad compañeras perfectas, y el trance por el que deambulaba en ese entonces ya no era el mismo, mejor dicho, ya no existía. Sí, yo también estaba cambiando. Había dejado atrás mis problemas marcados con la universidad, mis pleitos con amigos y, aunque suene duro y cliché decirlo, mi vacío existencial. Entonces lo que sentía ya no era rabia e insatisfacción, la agresividad se estaba difuminando y mis pasos incipientes hacia manifestaciones nuevas se abrían más. Repasé nuevamente las trece canciones sin esperar nada, desterrando cualquier prejuicio y esta vez me sentí mucho más cómodo y complacido.

Hasta hoy, para algunos, *No code* es el final de la mejor etapa de la banda, mientras que otros lo aceptan y lo celebran. Pearl Jam sigue siendo mi banda favorita y hoy en día siguen sacando discos más reflexivos pero en los que esa raíz noventera y ese *feeling* siguen estando presentes. Son mi vida. Si algunas personas tienen a Dios, yo tengo a Pearl Jam.